

"Aita", fascinante incursión por el arte y el cine Sayles naufraga con "Amigo", un filme ambientado en las Filipinas de 1900

POR JUAN ZAPATER - Viernes, 24 de Septiembre de 2010 - Actualizado a las 04:30h.

TRAS la sensación de desfallecimiento que provocó el último filme de Naomi Kawase, un veterano muy querido en Donostia, John Sayles, se hundió ayer de dolorosa manera con *Amigo*, un desestructurado filme impropio de un cineasta que ha dirigido 17 largometrajes y que pasa por ser uno de los más cabales guionistas del cine norteamericano. Con Sayles seriamente tocado, el peso de la jornada recayó en José M^a de Orbe y su sólido poema audiovisual lleno de belleza y sentido del equilibrio. Dedicado a su hijo, *Aita* es una exaltación intimista sobre la herencia familiar, la figura del padre y el peso de la historia, el arte y la memoria.

Historia, vida y casa paterna

En un momento de *Aita*, cuando el espectador ya se ha familiarizado con lo que en ella se almacena, uno de los dos principales personajes formula la razón nuclear sobre la que gira el filme de José M^a de Orbe: el paso del tiempo y su percepción relativa. Dicho de otro modo, lo que se afirma es que 60 minutos no significan lo mismo para un elefante que para una mariposa. Esa tensión dialéctica entre la vida de un ser humano y la Historia de la humanidad

es lo que hace vibrar este retorno del autor de *Aita* a la casa familiar, a la figura del padre y al origen de la expresión artística.

Aita supone una propuesta fílmica férreamente sólida. De principio a fin su estructura resulta inatacable desde su coherencia interna, desde la rotundidad de su ritmo y desde el impacto emocional de su poesía plástica. No se discute que su apuesta por ese cine autoral, construido fuera de las convenciones y ajena a los cánones de la representación, facilita la libertad interior de la que goza. Se mide consigo mismo y en ese caminar por caminos no establecidos juega con ventaja. Podrá gustar o no, pero *Aita* representa un pequeño regalo fílmico cuya mayor debilidad reside en que se sabe hija de su tiempo y, en consecuencia, no sabe/puede ocultar que percibamos sus nutrientes como demasiado próximos, demasiados reconocibles, demasiados repetidos en estos tiempos que nos ocupan.

Con ellos y pese a ellos, Orbe propone un filme con una única protagonista: la casa-palacio de la familia; el hogar del padre y la tierra donde descansan los ancestros. Durante tres años, Orbe recorrió "su" caserón asediado por la hiedra, malherido por los años, saqueado por los chavales de la vecindad y horadado por los arqueólogos que buscan poder oír lo que los huesos hablan.

Orbe ha escrito *Aita* a partir de la experiencia y a través de un pormenorizado proceso de recogida de imágenes y de palabras, de anécdotas y de azares. En el lugar de los hechos, con paciencia y objetivos, *Aita* se ha (re)escrito sobre la marcha. En ese viaje de experiencia, dos personajes principales sirven de contrapunto a la mirada abstracta de Orbe: el cura de la iglesia y el viejo guardia que vigila la casa. Una suerte de dueto psicológicamente enfrentado. Uno se encarga de las cuestiones del alma y el otro, de las propiedades terrenas. De su mano, Orbe nos devuelve a la tierra en un ir y venir; un juego de ritmos que oscila entre la abstracción lírica y la confrontación con la vida cotidiana.

Sin el camino abierto por gentes como Costa, Guerín, Rosales e incluso el mismísimo Iván Zulueta, Orbe probablemente no hubiera llegado hasta aquí. Pero es que los préstamos que resuenan en esa casa paterna descansan en

una basta biblioteca. Ese cúmulo referencial reivindica la necesidad de mirar despacio para ver con hondura. Bajo la sensación de que la Historia camina sin prisas y de que apenas pasa nada, *Aita* se mueve con la pretensión de arrastrar tras de sí todo el peso del pasado. La historia particular, la de la familia, y herencia cultural, la del mundo. El mundo en una casa y la vida como un baile de sombras y fantasmas; eso es *Aita*.

Es evidente que *Aita*, cine de bajo presupuesto y de construcción artesanal, ha sido asumida desde una ambición artística de alta intensidad. Por sus entrañas transitan decenas de cineastas como los ya apuntados pero también artistas, pintores, escritores y escultores en una lista inabarcable. A todos ellos y a muchos más se encomienda Orbe en un ejercicio frío y geoméricamente medido para imprimir una extraordinaria densidad a esta ligera y nada improvisada película.